

Babel: la fantástica aventura de Borges y de Franco Maria Ricci

María Esther Vázquez

Argentina

Hace poco más cuarenta años, en el verano del 1972, después de leer el cuento de Borges, “El congreso”, traducido al italiano como “Il congresso del mondo” por Franco Maria Ricci, este editor, famoso por sus ediciones de arte, quiso conocer al escritor argentino.

En ese tiempo, ya Borges estaba ciego y yo, que trabajé con él desde 1957, cuando cursaba el primer año de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y seguí haciéndolo casi hasta su muerte en 1986, ya había colaborado con él en dos libros: *Introducción a la literatura inglesa y Literaturas germánicas medievales*. Este último libro le interesó tanto a Ricci que decidió traducirlo bajo el título *Brume, dei, eroi*.

Ricci llegó a Buenos Aires y vino a casa. Tocó el timbre, le abrí la puerta, entró y después de observarme un momento, dijo: “*Voglio parlare con tua madre*”. Con mamá ¿para qué? pregunté sorprendida. “*Perché voglio parlare con la signora María Esther Vázquez collaboratrice di Borges*”. Cuando le dije que era yo María Esther Vázquez, él me contestó: “*Sei sicura?*”. Entonces, mi marido y yo riéndonos, nos dimos cuenta de que él se esperaba una señora mayor, de la edad de Borges, y no una mujer joven como era yo en esos años.

Franco Maria Ricci era una persona muy original, que no pasaba desapercibida. En la época en que casi todos los hombres se vestían formalmente, con traje y corbata, usaba una ajustada chaqueta negra de pana, en cuya solapa resplandecía una gran rosa colorada de plástico, jean azul desteñido y camisa blanca abierta. Coronaba su cabeza un

pelo corto, enrulado y alborotado, una gran sonrisa alegraba su rostro y como era flaco y esbelto parecía un colegial de vacaciones.

En aquellos años nunca lo vimos con otra ropa y siempre con su rosa escarlata para desesperación de la madre que una noche nos dijo, afligida, que tenía armarios llenos de buena ropa pero que se obstinaba en vestir esa especie de disfraz.

Franco, hombre muy culto, provenía de una familia noble, su posición económica era brillante y sus casas, maravillosas, salían fotografiadas en las revistas de arquitectura moderna.

Nos contó que en Estados Unidos se lo conocía como el chico de Bodoni. Cuando tenía poco más de veinte años quiso hacer una edición facsimilar del libro de Bodoni, el tipógrafo italiano que creó los caracteres que después llevaron su nombre. Había un ejemplar en la biblioteca de Washington. Fue entonces a Estados Unidos y lo pidió prestado, pero la seña para poder prestársela era de un millón de dólares. Ricci sacó su chequera, extendió el cheque por la suma y se llevó el libro.

Franco vino a Buenos Aires para conocer y hablar con Borges, entonces lo llevé a la Biblioteca Nacional, que todavía funcionaba en la calle México 564 y de la cual Borges era director. Se entendieron en francés.

La antigua Biblioteca Nacional había sido construida originariamente como sede de la Lotería a fines del siglo XIX, cuando la Argentina era una nación próspera, muy rica, considerada “el granero del mundo”. En las amplias escalinatas de mármol abundaban los signos de la fortuna en las más diversas figuras de bronce que, por otra parte, adornaban todo el edificio. En aquellos años dirigía la Biblioteca el francés Paul Groussac, intelectual refinado que consideraba a *La Divina Comedia* y a *El Quijote de la Mancha* como las únicas obras literarias que tenían valor en el mundo. Hombre de mal carácter, se enfureció

cuando supo que ese palacio estupendo del más puro estilo italiano sería la sede de la Lotería Nacional. Fue a verlo al presidente de la Nación y le reprochó el uso para el que había sido destinado, sobre todo pensando que la Biblioteca alquilaba una casa, ya insuficiente para la cantidad de volúmenes que poseía. Por supuesto, el presidente cedió el edificio a la Biblioteca Nacional, levantada al mejor estilo de la literatura fantástica borgeana. La cúpula central que presidía el gran salón general de lectura estaba rodeada de pasillos secretos que conducían a otros tan secretos, misteriosos e inútiles como los primeros a través de escaleras escondidas y espacios cerrados. Borges tanteando con su bastón los zócalos recorría esos laberintos, que de vez en cuando se abrían a unos pozos de un metro de diámetro y de una profundidad vertiginosa. Conociendo estos peligrosos hábitos de Borges, José Edmundo Clemente, subdirector de la biblioteca y quien la llevaba adelante, hizo rodear con unas barandas de hierro esos agujeros. Queda una fotografía de Borges, Ricci y yo asomados a una de esas barandas mirando hacia el vacío.

Los derechos de la obra de Borges estaban repartidos en Italia entre Mondadori y Feltrinelli, pero Franco, gran admirador de la obra borgeana, quería tener unas “briznas”, esa fue la palabra que usó, de Borges. A Ricci le impresionaba algo que a nosotros nos resultaba cotidiano “Borges es el único escritor que conozco que habla exclusivamente de literatura, que es el único tema de su interés” nos dijo. Y entonces le propuso hacer una colección de cuentos fantásticos – por lo menos debía tener 30 títulos – denominada Babel. De cada autor elegido, Borges tenía que señalar cinco o seis cuentos o todos los que quisiera y prologarlos con una pequeña biografía del autor de apenas cinco o seis páginas. Pero, como era previsible, esos prólogos resultaron piezas encantadoras y ejemplares con detalles insólitos que incitaban a la lectura. Para Borges fue un juego, dada su memoria enciclopédica, encontrar treinta autores y recordar los cuentos más importantes de cada uno. La idea le gustó y aceptó. Mi tarea era encontrar el libro elegido por Borges, releerle

los cuentos que recordaba, escribir el prólogo que me dictaba y enviárselo a Franco junto con el título del libro, el nombre del autor y el índice donde se indicaban los cuentos elegidos. A veces los libros estaban en su casa, otras debía ir a buscarlos en cualquier otro sitio, algunos fueron reacios a ser encontrados. Hay volúmenes simples y otros dobles. Algunos tienen dos volúmenes como los cuentos orientales. Hay autores ingleses, españoles, franceses y alemanes que leíamos en su lengua original y luego rusos y chinos que encontrábamos en traducciones generalmente francesa y algunos como las Mil Y Una Noches* en las versiones de Burton que estaban en la casa de Borges.

“*Lo stipendio non so se sarà scarso o appropriato*”, señaló Ricci mencionando una suma que nos pareció altísima. Tan alta nos pareció que Borges pensó en ofrecerle una rebaja. Por esa cifra Borges le cedió los derechos de los prólogos a su editor. En aquellos años nuestro escritor vivía, modestamente, de sus sueldos como profesor en la universidad, como director de la Biblioteca y de las conferencias que daba, cuando se las pagaban.

El primer autor de la colección fue Papini, a quien Borges leyó a los trece o catorce años y le reveló por primera vez el tema del doble en la literatura. Papini apareció en 1975, le siguieron Jack London, León Blois, Oscar Wilde, Stevenson, Kalfa, Chesterton ... Fueron en total treinta y dos libros. El último se publicó en 1981. Todos estuvieron impresos en papel Fabriano y en caracteres bodonianos y costaban tres mil liras, que era en esa época el precio de un café con leche con dos medialunas. Babel estaba pensada para que la gente leyera literatura fantástica y las tapas resultaron ser tentadoramente atractivas.

Borges descubrió, incluso para los italianos, al Papini de la literatura fantástica. La Enciclopedia Bompiani - realmente una joya - desconoce ese aspecto tan importante del escritor. Los cuentos reunidos por Borges fueron *Mendicante di anime*, *Suicida sostituto*,

Lo specchio che fugge, Due immagini in una vasta, Storia completamente assurda, Ultima visita gentiluomo malato, Chi sei?, Il giorno non restituito.

Papini, a diferencia de otros escritores, como el inglés Wells, quiere que lo fantástico aparezca desde el primer renglón del cuento, que esa primera línea rompa con lo real y entre en la irrealidad. El prólogo de Borges tiene la habilidad de acercarnos al hombre que tuvo, más allá de la literatura, una vida muy torturada, desafortunada ya que enfermó de una dolencia rarísima que lo fue privando de todos sus sentidos, menos de la claridad y de la inteligencia de su intelecto.

Este primer volumen que se publicó en la Babel fue editado en la Argentina por la librería La Ciudad y traducido por mi marido Horacio Armani, gran traductor de la poesía italiana en especial de toda la del siglo XX. Horacio fue el descubridor de Montale para la Argentina muchos años antes de que recibiera el premio Nobel. La UNESCO le pidió para sus ediciones preferidas su *Antología de poetas italianos del siglo XX*, que apareció publicada en España y en la Argentina caso simultáneamente.

Los posteriores volúmenes de la colección Babel fueron publicados en España por la editorial Siruela.

Hubo un curioso libro, *Relatos científicos* de Charles Hinton, escritos en el inglés de Oxford y publicados por un editor desconocido. Lo más curioso es que ni yo ni Ricci ni nadie encontró por ningún lado un ejemplar del libro ni referencias sobre el autor. El único que lo tenía en su casa era Borges. Recuerdo al volumen de tapas duras, color verde oscuro y formato pequeño. Tuve que fotocopiarlo y mandárselo a Franco. A Borges le encantaban los cuentos que se manejaban con personas y objetos en otras dimensiones diferentes a las nuestras. En Hinton había cuentos que transcurrían en una cuarta dimensión y otros en una quinta. La verdad, eran relatos extrañísimos, no sé hasta que

punto puedo decir cautivantes, correspondían a una literatura fantástica más que increíble pero Borges estaba enamorado de Hinton. Fue el número décimo sexto o décimo séptimo de la colección. He llegado a pensar que quizás Hinton y su libro hayan sido una invención del propio Borges...

La vida de Borges relacionada con Ricci siguió atada a lo fantástico. Para completar la serie de circunstancias que rodearon esa amistad, mejor dicho la devoción que el editor italiano sentía por nuestro escritor, en el año 1983 Ricci alquiló el salón de lectura de la Biblioteca Nacional de Washington, se trajo cuatro cocineros de Parma para preparar tortellini y le ofreció un gran almuerzo de honor al que concurrieron unas cuatrocientas personas. El motivo del agasajo fue regalarle ochenta y cuatro libras esterlinas de oro, una por cada año de la vida de Borges con la fecha correspondiente. La primera (1899) es del reinado de la reina Victoria.

Italia le siguió dando a Borges infinitas satisfacciones, en octubre de 1984 lo recibió la Academia dei Lincei donde lo introdujo el presidente de Italia Sandro Pertini. El mismo año le ofrecieron el doctorado Honoris Causa de la Universidad de Roma. En la ceremonia de entrega, muy emocionado Borges declaró: *Civis romanus sum*.

Y Borges, una vez más, tuvo razón porque todos nosotros de una u otra manera somos vástagos de Roma.